

# EL TERCER HOMBRE

Por ENRIQUE MIRET MAGDALENA

**H**ACE unos meses, un jesuita casi desconocido en el mundo católico, el P. François Roustang, era suprimido como director de la inteligente revista de espiritualidad católica, editada en París, llamada *Christus*. Poco después —a principios de este año— nos enterábamos de la crisis profunda del teólogo inglés Charles Davis, que le llevó a salirse de los cuadros visibles de la Iglesia católica, sin por eso dejar de querer ser cristiano.

Ahora hemos sabido —y recientemente de la noticia— que un dominico, el P. Herbert McCabe, había sido fulminantemente retirado de la revista *New Blackfriars* por el general de los frailes de Santo Domingo —un español bien conocido por sus ideas conservadoras—.

La acusación de Davis resuena todavía en nuestros oídos, ante tales hechos; «la Iglesia —decía el teólogo inglés— está atenazada por el miedo, la inseguridad y la ansiedad; todo lo cual conduce a la intolerancia y a la falta de amor». Por eso, el Padre McCabe, O. P., había insistido, en el artículo que dio lugar a su cese, en esta impresión: «Las acusaciones de Davis me parecen bien fundadas, y su verdad suele ser admitida por los católicos ingleses».

De ahí a afirmar que «la Iglesia está visiblemente corrompida» no hay más que un paso. Y este dominico inglés se arriesgó a darlo. Eso fue lo que le valió todo el escándalo mundial producido en torno a este cese en la dirección de la casi insignificante revista *New Blackfriars*, que tiraba sólo 2.200 ejemplares.

El impacto producido —no sólo en Inglaterra, sino en todo el mundo católico— evidencia que algo grave está sucediendo hoy en el catolicismo, independientemente del juicio que a cada uno le merezcan tales actitudes.

**L**O que en 1960 hubiese sido natural, hoy ya no lo es. Porque la faz demasiado exclusivamente autoritaria de la Iglesia católica está en manifiesto cambio. Y este cambio es irreversible: ya no se puede dar marcha atrás.

Monseñor Heenan, el arzobispo de Charles Davis, o Monseñor Dwyer, el del Padre McCabe, no han sido —por eso— unos pastores duros, como era costumbre hace bien pocos años.

Y los católicos ingleses más prominentes se han apresurado a enjuiciarlo todo serenamente, sin ataques ni condenaciones, sino al contrario. Dos mil firmas de los más famosos profesores de universidad, o de intelectuales y escritores católicos británicos han llegado al superior general, el Padre Aniceto Fernández, O. P., para pedir la revisión del caso McCabe; y el superior ha prometido que, en dos meses, se resolverán favorablemente las medidas adoptadas contra él.

Sin embargo, el Padre Roustang no ha tenido tanta suerte como su colega dominico. Apenas nadie —en la moderada Francia— se ha levantado para defenderle. Y es porque tenemos una idea errónea del catolicismo francés; creemos que es más avanzado de lo que realmente es.

Allí —es cierto— se han dado los primeros pasos, siempre que se trataba de renovar a la Iglesia. Pero nunca se ha llegado —en general— mucho más allá de ese avance propulsor. Incluso sus teólogos —esos que tanto se alaban por sus pretendidos atrevimientos— son, como Francia misma: muy moderados. Lo que ocurre es que son agudos —intelectualmente finos— y por eso no pueden quedarse demasiado atrás, ni dejar de prever lo que en cada momento histórico se avecina. Tienen sobre todo perspicacia, «finesse d'esprit». Si hoy leyésemos otra vez «Verdaderas y falsas reformas en la Iglesia» del Padre Congar, O. P., nos quedaríamos un poco sorprendidos por el tono mesurado, matizado y lleno de ideas tradicionales que contiene este libro. Y, sin embargo, poco antes del Concilio fue retirado de la circulación, porque parecía demasiado progresivo.

Esa es la causa por la que no me extraña —aunque lo sienta profundamente— que no haya sido más vindicado el Padre Roustang, S. J.; porque —eso sí— supo dar con el dedo en la llaga —con todo cuidado y sin extremismos— planteando, con sencillez y claridad, un problema que está en la base de todo este doble proceso, de renovación por un lado y de crisis por otro, que estamos todos viendo en la Iglesia.

**N**O son vientos de moda, ni es tampoco una especie de «kamok», como diría Stefan Zweig, lo que recorre las filas del catolicismo. Es una nueva realidad tranquila, serena, poderosa, la que está emergiendo en muchos fieles, clérigos y seglares. Está apareciendo un nuevo espécimen de ser humano: el tercer hombre.

Todos —mejor dicho, casi todos— tenemos en nuestros labios una palabra de aliento y aprobación para el «aggiornamento» que desencadenó Juan XXIII. Pero no nos percatamos que él —el intuitivo campesino tan en contacto con las realidades terrenas— lo único que hizo fue darse cuenta, y apreciar, los signos de los tiempos. El significado de la historia actual —el de esos signos de hoy— es claro para quien tenga ojos para ver. Y lo que dicen es que está surgiendo un nuevo tipo de hombre en el catolicismo.

No voy a hacer ningún juicio de valor acerca de ello —como tampoco lo hizo el Padre Roustang, su descubridor—; sino una mera descripción. Después, en dos artículos sucesivos, me permitiré —dada la importancia y actualidad del tema— desbrozar su sentido, y enmarcarlo en las previsiones de futuro que debemos hacer. Los gritos histéricos que contra ello todavía desean lanzar a la calle algunos, no sirven ya para nada. Al contrario, dejan en el ánimo de la gente la sensación de hacer el ridículo. Hoy es cierto ya —como afirmó Monseñor Dwyer, con motivo del caso McCabe—, que en la Iglesia «debe haber mucha más abierta discusión, y mucho menos terreno para las decisiones autoritativas del que hubo en el pasado». Aunque nos equivoquemos en muchas cosas, el correctivo no está en la inflación autoritativa.

No nos extrañemos —sin embargo— si todavía estamos empezando a entrenar libertad en el catolicismo, como lo revelan las frases duras de unos —los profetas— y los frenazos de otros —los que son dirigentes—.

No tratan los nuevos hombres del catolicismo, como queremos hacer media docena de años, conseguir más diálogo y franca disputa; sino adquirir —ante todo— conciencia mucho más aguda de los límites de la autoridad eclesial, y —en particular— fomentar el sentido comprensivo que debe tener su estructura. De las dos afirmaciones de Monseñor Dwyer, se fijan los nuevos católicos preferentemente en esta última.

**E**L Padre Roustang —hombre de apostolado— al estar en contacto con la gente católica había notado que está surgiendo hoy una nueva postura, que no es, en lo religioso, ni avanzada ni retrógrada; es otra cosa. El avanzado —como el Padre McCabe, por ejemplo— quiere criticar a fondo lo existente, y cambiar la actual estructura humana de la Iglesia por otra mucho más perfecta. Trata, todo progresista, de conseguir unas leyes eclesialógicas avanzadas, más modernas; unos organismos centrales de mando dialogantes, representativos y respetuosos; una teología culta, pero de la actual cultura, y no de la anticuada al uso hasta ahora; una liturgia —como hoy vemos— más democrática, con un lenguaje asequible y unos ritos que todos vean.

El integrista conservador, en cambio, se debate contra todo esto, intentando encontrar, en las antiguas estructuras humanas del catolicismo, un sentido todavía: para él, la teología escolástica es de siempre, en cuanto a sus ideas básicas; el latín, el idioma universal que a todos une, a pesar de la diversidad de culturas; el gobierno eclesialístico, ordenado según la experiencia de siglos, resulta para él preferible a las innovaciones precipitadas que hay a veces.

Pero —unos y otros— pretenden en el fondo una misma cosa: una estructura humana para la Iglesia que sea perfecta: aunque unos la ven en lo antiguo y otros en lo moderno. Pero algo en la historia —leída imparcialmente— se encarga de demostrarnos lo contrario de lo que pretenden avanzados y retrógrados: porque esa imposible perfección que con un sentido, o su contrario, quieren unos y otros es un ideal utópico.

Entonces —en medio de esa polémica de renovadores y conservadores— es cuando surge el tercer hombre. Un hombre y una mujer que lo mismo brota de las filas progresistas que de las retrógradas. Es este tercer hombre el que se convence, no sólo intelectualmente, sino prácticamente, de la inani-

SIGUE



**el verano que viene alguien vivirá feliz aquí**



Alguien compró esta parcela atraído por la maravillosa belleza y por qué no, también por el precio de LA SUIZA ESPAÑOLA; la Urbanización perfecta para los que buscan algo completo.

Situada a 64 Kms. de Madrid, en Robledo de Chavela -a una hora de coche-, LA SUIZA ESPAÑOLA le ofrece parcelas desde mil metros cuadrados, donde Vd. puede construir un hotel por 500.000 Ptas. con facilidades de pago.

En ella, Vd. puede vivir como desee, aislado, o en el ambiente que a Vd. le gusta. LA SUIZA ESPAÑOLA cuenta con piscina, club, supermercado, etc., y está tan sólo a 3 minutos del Chavela Club, un centro social completo para reunirse con los amigos cuando Vd. lo desee.

Forma de pago.	Precio / m <sup>2</sup>	Entrada
al contado	175	—
en 3 años	225	15 %
en 4 años	250	10 %
en 6 años	270	—

Haga cálculos y verá que todo es posible



urbanización

**LA SUIZA ESPAÑOLA**

EN ROBLEDO DE CHAVELA DONDE LA NATURALEZA COMIENZA A SER PAISAJE

INFORMACION: en Madrid: Montesa, 35 - Tels. 276 87 98 - 225 97 18 en Robledo: Chavela Club

# EL TERCER HOMBRE

no se trata de perfeccionar la proliferación de instituciones humanas que han surgido en el catolicismo, a través de sus veinte siglos de existencia, sino de suprimirlas en su mayor parte. Un símil —un poco caricaturesco— nos aclarará este punto de vista: si hoy tenemos 90 por ciento de estructuras exteriores (doctrinas teológicas, ceremonias litúrgicas y leyes canónicas), y sólo 10 por ciento de aspectos vitales del cristianismo, lo que pretende este tercer hombre es invertir los términos del problema, y no dedicar ya toda su atención a discutir, criticar, combatir y modificar el 90 por ciento de lastre exterior que, como un peso muerto, actúa sobre nosotros. Lo que quiere es que haya 10 por ciento solamente de estructuras (las imprescindibles) y 90 por ciento de vitalidad cristiana.

Piensa que el futuro no será ya de una estructura de poder, con medios de influencia, organizaciones de apostolado, códigos profusos de leyes. Será otra cosa. Sólo podrán perdurar —como he subrayado en otros artículos— comunidades vitales para alimentar espiritualmente la dedicación al mundo de cada cristiano, sin miras ulteriores de proselitismo de grupo, de institucionalización cristiana de la cultura, la política o la sociología. Cree, este hombre nuevo, que si el catolicismo no es vitalidad no será ya nada en el futuro. Todo el imponente ropaje que tuvo hasta ahora se vendrá abajo.

No quieren fórmulas nuevas; sino vivencias profundas. No son hombres avanzados, ni retrógrados; sino todo lo contrario a esas posturas. Son, el tercer hombre.

**T**ESTIMONIOS de estos hombres y mujeres? Muchos y muy diversos pueden traerse a colación.

Un dirigente de Acción Católica en Francia había comprobado que la confesión, tal como se practica hoy, no le decía apenas nada: el esfuerzo de sinceridad, con su mujer o con un amigo, le era más eficaz que ese trámite jurídico de repetir una serie de faltas calibradas según una fría lista de pecados exteriores: por eso pretendía un nuevo planteamiento de la confesión. Una chica joven, militante de apostolado, recibía más ayuda religiosa de la búsqueda sincera de la verdad en un diálogo con personas amigas, que con el director espiritual.

Otros centran toda su actividad renovadora, no en discutir sobre los textos conciliares; sino en hacerse más sinceros y luminosos con su propia y personal conciencia. Los esfuerzos serios y serenos para adquirir lucidez, en cada cuestión importante, les son más útiles —según ellos— que un recurso a textos legales, incluso conciliares, y por importantes que éstos sean.

Algunas alumnas de filosofía creían que los conceptos corrientes y populares sobre la Eucaristía —con su sentido material y local de la presencia física de Cristo— resultaban para ellas inaceptables, y les parecían más míticos, o idolátricos, que vitalmente religiosos. No es que fuesen contrarias a la realidad de la presencia de Cristo; sino el grado de materialización que ha adquirido en algunas prácticas religiosas.

Seminaristas que creen moverse en edad mental más adulta y más madura que sus profesores, a los que consideran deudores de un estado de cultura —la medieval— todavía infantil. Y más que adoptar posturas desgarradas contra ellos, impresionan, estos alumnos, por la calma imperturbable con que contemplan a sus mentores espirituales o intelectuales, como seres de una época antediluviana.

Otros evocan a Juan XXIII como un símbolo de superación de ese vocabulario religioso que les ahogó hasta ahora, y que nada les dice para vivir los valores que ellos, como hombres de su tiempo, quieren vivir, sin dejar por eso de ser cristianos.

No quieren más reglas venidas de arriba, sino el mínimo de ordenación que cada comunidad vital debe tener para poder persistir, pero construida desde abajo, vitalmente, y no sólo autoritativamente.

La vida —piensan ellos— no se manda; se vive, o no se vive.

Eso, más o menos, es el tercer hombre: con sus aciertos y desaciertos. Pero así es, queramos o no queramos.

Los que no son creyentes se preguntan al verlo: ¿es creyente este tercer hombre? ¿vive religiosamente lo que piensa? Y no pueden por menos de reconocerlo, a pesar de ver claramente que —en mucho de lo que consideran fundamental los no creyentes— piensan casi como ellos. Y, por otro lado, no pueden menos de reconocer también que, siendo iguales a ellos en eso, pertenecen estos cristianos a un nuevo tipo de hombre que hasta ahora no habían conocido, y que les resulta inclasificable. Porque no encuentran grupo alguno, entre los que existen, que los califique: ni el humanismo total, sin cortapisas religiosas, que quiere ser el existencialismo, el marxismo y quizá el psicoanálisis; ni el del católico, budista o mahometano, cumplidor de toda norma externa religiosa, sin más discernimiento que la obediencia como código.

Es católico este tercer hombre; pero no excluyente de los demás, ni en teoría, ni —lo que es más decisivo y nuevo— en la manera misma de concebir su propia vida.

Y «si no se toma en consideración esto —y se rehusa ver lo que evidente—, el alejamiento de la Iglesia, que ya ha comenzado ampliamente, irá acentuándose. Y no revestirá, como en el pasado, una forma de oposición, sino la de un desinterés respecto a ella» (F. Roustan, S. J.). Eso es lo que vemos en los países católicos y, también, en el nuestro.

E. M. M.

¡PONGASE EN ACCION...

PONGASE UN PANTALON MEYBA DE TERLENKA!

MEYBA también confecciona pantalones largos. son tan buenos como sus bañadores. Compre pantalones MEYBA de TERLENKA



meyba®

Terlenka®  
fibra políester